

Diez mandamientos para odiar la lectura

por Mercedes Falconí Ramos*

La autora del artículo propone un decálogo del mal lector o, lo que es lo mismo, diez mandamientos para que los niños acaben odiando la lectura. Su conclusión es que hay que hacer de la lectura no un castigo, ni un camino para aprender gramática, ni una fuente obligada de conocimientos, sino una fuente de alegría y una victoria de la imaginación.



ANA PEYRÍ.

En esta ponencia deseo, brevemente, comentar desde mi óptica de maestra de niños y promotora de lectura algunas de las razones que me llevaron a pensar en los 10 mandamientos del mal lector, que enseñan a que el niño odie casi sin remedio la lectura. Empiezo.

1. Lee, niño, no veas televisión

Hay una fábula casera que ilustra este primer punto:

«Un gato hambriento maúlla y maúlla triste en busca de ratones. Los ratoncillos, como es obvio, huyen en tanto lo oyen...

Tiempo después, el gato hambriento ladra y ladra firme. Los ratoncillos ingenuos salen a mirarlo y caen en la trampa.

El gato satisfecho, confiesa su éxito a los gatos del pueblo:

—Es que hoy —dice orgulloso— el que no habla siquiera dos idiomas se muere de hambre.»

Yo creo que con la recreación sucede algo parecido. La recreación no tiene por qué hablar un solo idioma: el idioma de la televisión. Tampoco cabe suponer que deba hablar exclusivamente el lenguaje del libro. No. En los tiempos en que vivimos y con las circunstancias que tenemos, el libro tiene que convivir con la televisión. Y no cabe hablar a labio pleno y lirismo absoluto de tiempos idos para oponer antagónicamente el libro como bueno y la televisión como mala.

Frente a la televisión, no creo que convenga, claro está, racionar la luz o proponer un ayuno impositivo, que termina por desprestigiar a los padres y maestros, quienes finalmente sí ven la cajita mágica... Frente a la televisión debemos proponer paulatinamente alternativas que, aparte de recrear al niño, vayan formando su sentido crítico.

A la TV, repito, no se la anula prohibiéndola: se la enriquece criticándola. Igualmente, al libro no se lo promociona apagando el televisor,



ANA PEYRÍ.



sino rescatándolo en su dimensión simbólica y de placer, y dándole un lugar propio y distinto, nunca competitivo.

En resumen, en los albores del siglo XXI no se puede, por obvias razones, prescindir de la televisión, porque sería como aislarse del mundo. Y no se puede, tampoco, prescindir del libro, porque sería perder la memoria de lo que somos y de lo que hemos sido. Sería, además, como volver a quemar, en llamas de olvido y quemimportismo, la biblioteca de Alejandría.

Pero subrayo: la promoción del libro no es contra la televisión, sino con ella. El proceso es complejo e impostergable. La recreación formativa de los niños, como el gato de nuestra fábula, debe hablar dos idiomas.

2. Lee, niño, para que aprendas gramática y redacción

Se cree que la lectura no vale por sí misma y que no es un camino independiente, hacia nuevos y desconocidos mundos. Se piensa que es apenas un puente. Un puente para cruzar el abismo de la gramática y la redacción.

En este sentido, yo no sólo me opongo a esa falsa creencia, sino que me sumo a la opinión del amigo y maestro Simón Espinosa, quien dice que lo que hay que enseñar a los niños, para que sean inteligentes y mejores ciudadanos, es a leer, leer y leer. En su opinión, la gramática y la redacción habría que dejarlas para el quinto y sexto curso de Bachillerato, porque un niño y un joven que han leído suficientemente aprenden dichas asignaturas con facilidad, pero alguien que odia la lectura no es raro que termine también odiando las estructuras sintácticas y gramaticales.

3. Los libros son verdad, los cómics violencia y maldad

No estoy de acuerdo, ni remotamente, con la deificación del libro.

ANA PEYRÍ



ANA PEYRÍ.

Teóricamente se lo deifica tanto, que el niño no sabe cómo cruzar la sacristía para llegar a ese Altar Mayor, que muchas veces le es un completo desconocido. El libro debe ser un elemento de trabajo y de juego, de aprendizaje y diversión.

En el proceso que va del Silabario hasta hacer del libro un bien propio y apreciado por el niño, los tebeos y los cómics cumplen una misión estelar: le familiarizan al niño con la imagen y la palabra y le permiten un acercamiento concreto con la lectura.

No se peyorice, pues, a los cómics. El anhelado surgimiento —no digo resurgimiento del libro en nuestro medio— conocerá primero una etapa previa: el desarrollo de los cómics.

Los cómics no están llamados a ser obstáculo, sino impulso en una campaña de promoción de la lectura. La clave de todo está en saber escoger y en saber orientar. Los cómics, en definitiva, con sus metáforas de colores, con su lenguaje onomatopéyico, pueden hacer de abrecaminos hacia mundos inéditos. La lectura es uno de ellos.

4. Lee, niño, libros de conocimientos, no sólo cuentos

Una maestra universitaria de gran prestigio expresaba hace poco, en una revista, que los bachilleres que llegan a la Universidad se encuentran realmente muy mal preparados. Textualmente decía:

«Están mal preparados porque, primero, no han aprendido a pensar, no han sido entrenados para deducir, para comparar y, segundo, porque no saben leer. Hay chicos que dedican mucho tiempo a estudiar; pero es un esfuerzo inútil, pues no han aprendido a leer. O sea, tú les das un texto y él te lee lo que dice ahí: pero averigua si entendió, si asimiló, si puede relacionar eso con algo que él conociera antes, si puede hacer deducciones, si puede decirte si está o no de acuerdo y por qué.» (Nila Velázquez, *Diners*, 126, noviembre de 1992.)

Es decir, amigos, si no se aprende a leer, difícilmente se aprende a pensar e investigar. Si un niño con textos apropiados no descubre la magia y el

secreto de la lectura, posteriormente no sabrá descodificar textos y pensar con libertad.

Para aprender a leer, desde mi punto de vista, nada más enriquecedor y estimulante que los textos de ficción. Los cuentos que hacen la mejor literatura infantil. Los libros de conocimientos, en cambio, vendrán después —o bien paralelamente—, pero nunca antes.

La lectura, levadura del pensamiento, debe motivarse con cuentos que creen placer y no con textos en lenguaje de código.

5. Saca, niño, la moraleja: todo libro una lección deja

Una novela o un cuento no constituyen apenas narraciones de hechos. Son exploraciones psicológicas y humanas, que evocan a la sociedad y al hombre y convocan a la reflexión. En una novela hay ideas y planteamientos que no pocas veces se contraponen y van más allá de las estrechas veredas del bien y del mal.

Desde este punto de vista, en la literatura para adultos y para niños, la moraleja redundante, no añade. Sobra, no suma.

La moraleja nunca es la síntesis de una obra. La lección de un libro no está jamás en el marco de un enunciado moral, sino en el placer estético y en las inquietudes mentales que produce. Inquietudes y placer que son generalmente distintos en cada lector.

Glosando un pensamiento de Paulo Freire, yo diría que un libro vale por el cúmulo de preguntas que deja en un ser humano, por la forma en que incentiva lo que él llama la pedagogía de la pregunta, que no es sino el proceso mental de asociar hechos y pensar por uno mismo. La pedagogía de la respuesta, en cambio, que tiene su base y fundamento en la memorización, anula la lectura creativa y piensa que la moraleja, el sermón facilista, es la gran verdad de un libro.

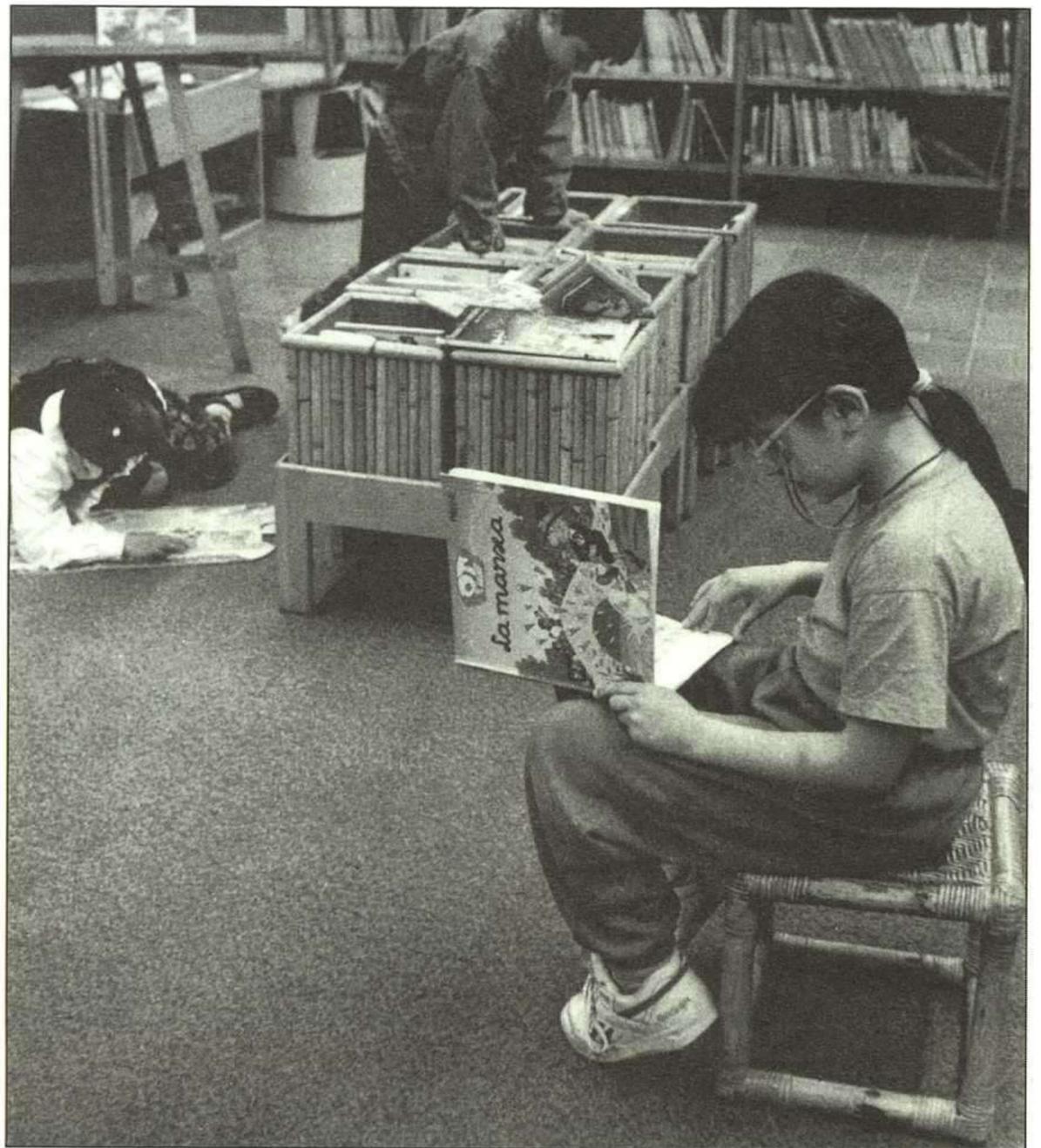
6. Desarrolla tu cacumen, dame del libro el resumen

Las fábulas, los poemas y los cuentos tienen vida propia y no aceptan el resumen. Pedir el resumen de un libro creativo y mágico para el niño es tan absurdo como pedir el resumen de un poema de Pablo Neruda. El poema vale por la forma en que el poeta lo ha estructurado. Por el lenguaje que utiliza. Por la arquitectura verbal y las metáforas que crean una atmósfera única, irrepetible.

Lo mismo puede decirse, sin exageración, de una novela o de un cuento. El resumen no lo contiene ni lo representa. La historia de un ebrio que comete un crimen puede ser parte de una crónica roja común y corriente. En manos de Dostoievsky esa historia se llama, nada más y nada menos, que *Crimen y Castigo*.

Leyendas comunes y corrientes, auténticos patitos feos del folclor europeo, se volvieron obras maestras de la literatura universal en la pluma de William Shakespeare, el gran dramaturgo inglés.

Si el resumen escueto y plano es la esencia de una obra, que Dostoievsky



ANA PEYRÍ.

y Shakespeare sean eliminados de los textos de literatura y crítica literaria.

7. Niño, no juegues: lee un libro y no friegues

Cuando se abre una oposición entre el libro y el juego, se cae en un grave error: el juego es placer y alegría, y un libro oportuno, bien seleccionado, también. De modo que la oposición es falsa, tendenciosa y perjudica al libro, que es visto por los niños, bajo este concepto, como algo molesto que tiene un no sé qué de castigo, de tarea, de imposición.

Lee, niño, y diviértete es la fórmula correcta, que exige, eso sí, la debida preparación para ofrecerle al menor el texto aconsejado.

Frente a ese aforismo opresivo e inhumano —que se oía antiguamente con frecuencia— «la letra con sangre entra», nosotros pensamos que es ne-

cesario sustituirlo por otro, con rostro humano: *la lectura con juego perdura*. Intentémoslo. Hay muchas modalidades. Muchas técnicas y posibilidades.

8. El libro es educación, nada de juego y recreación

El libro, en un medio represivo, no es educación sino tedio, aburrimiento, rechazo a la lectura. El juego, en cambio, es de pronto educación. Y educación honda y firme porque se graba, como diría Unamuno, en los hondos del alma. El juego entretiene, enseña la solidaridad, el sentido de la noble competencia. Ayuda a humanizar el medio.

En un contexto equivocado, el libro puede ser el malo, y el juego, simple y llanamente, ratificarse como lo que es: algo positivo, entretenido y creador. No se han de dar, pues, estas fal-

sas opciones, ya que son negativas.

Debemos buscar alternativas válidas, posibles, para que la lectura y la recreación se den la mano y vayan de la escuela a la casa y de la casa a la escuela en un proceso que nos puede enriquecer a todos.

9. Como sigas así de maleta, te mando a la biblioteca

Es frecuente entre los padres, cuando un niño está mal en los estudios, no buscar las causas de esa falla, sino castigarlo con algo que debería ser motivación: mandándole a la biblioteca.

Aquí hay, para mí, dos hechos: se

presenta al libro y a la lectura como algo pesado, como una represión, casi como una mínima ramificación del Codigillo Penal casero que se maneja generalmente en los hogares.

Segundo, como no hay bibliotecas creativas, que atrapen al niño, que lo orienten y lo vuelvan en el centro de la misma, el niño asocia bibliotecas con centros uniformados, y téticos, con la lectura. Pobres libros, pobres niños.

10. Yo leería libros de gran calibre, si tuviera tiempo libre

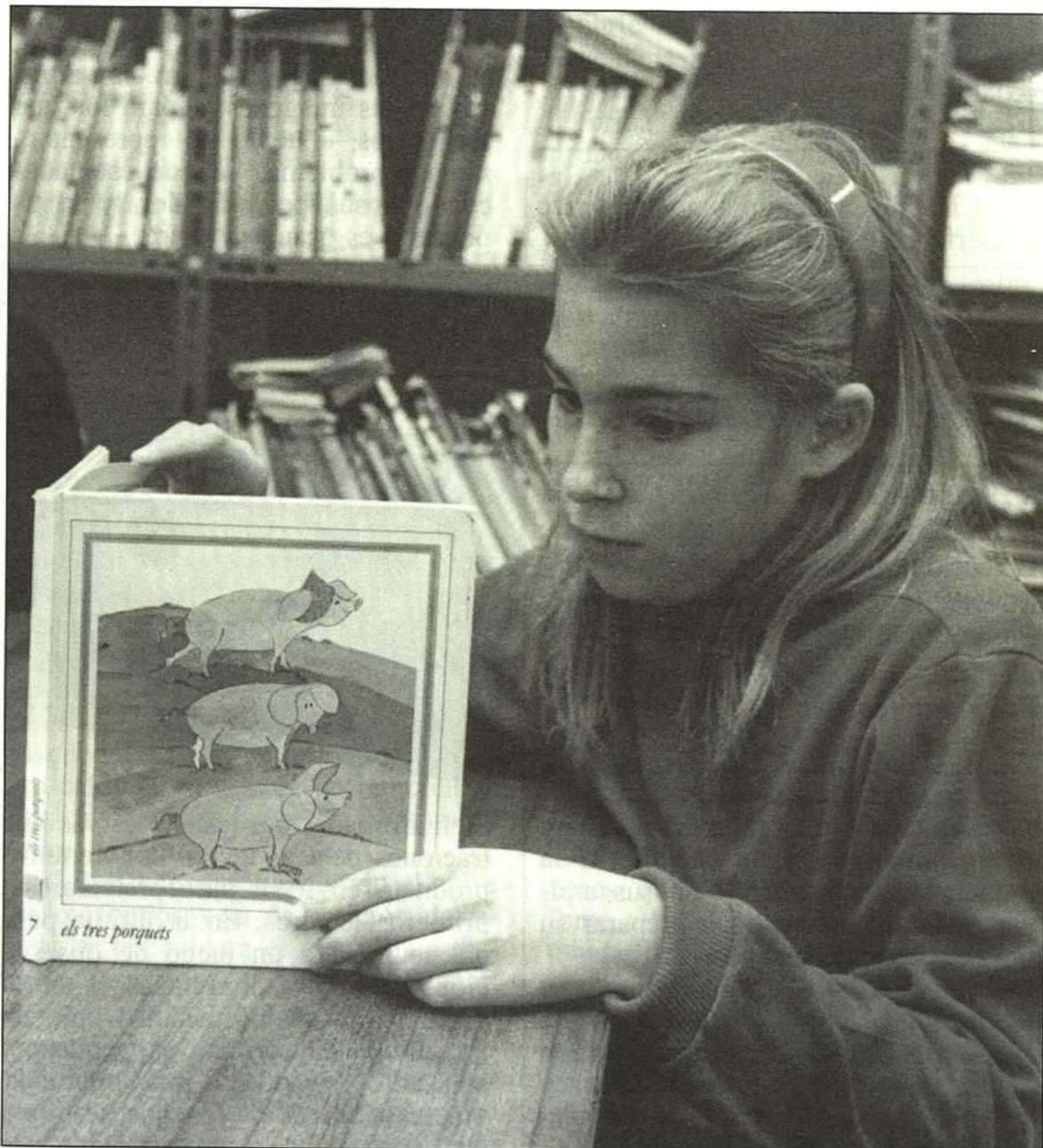
Los padres recomiendan leer, pero no leen, hecho que es tan absurdo

como hacer una dieta de adelgazamiento... que mañana mismo se empieza. Hay que pregonar con el ejemplo. Los niños no aprenden a leer porque otros niños leen. La imitación se da respecto de los padres. El ejemplo lo brindan los adultos.

Concluyo: los libros, amigos, se diferencian de los gatos en que tienen más de siete vidas. La radio no pudo eliminar al texto escrito, y la televisión no ha podido anular ni a la palabra impresa, ni a la radio. Conviven.

Hay que leer para que los niños lean y hay que hacer de la lectura no una tarea, no un puente para aprender gramática, no un castigo, no una fuente obligada de conocimientos, sino una fuente de alegría y una victoria de la imaginación. Empecemos, pues, amigos. ■

* Mercedes Falconí Ramos es directora del CEDLIJ (Centro Ecuatoriano de Literatura Infantil y Juvenil).



ANA PEYRÍ

Ponencia del II Seminario Internacional de Literatura Infantil y juvenil «Escribir para niños», realizado en Quito (Ecuador), en marzo de 1993.

Decálogo del mal lector

1. Lee, niño, no veas televisión.
2. Lee, niño, para que aprendas gramática y redacción.
3. Los libros son verdad, los cómics violencia y maldad.
4. Lee, niño, libros de conocimientos, no sólo cuentos.
5. Saca, niño, la moraleja: todo libro una lección deja.
6. Desarrolla tu cacumen, dame del libro el resumen.
7. Niño, no juegues: lee un libro y no friegues.
8. El libro es educación, nada de juego y recreación.
9. Como sigas así de maleta, te mando a la biblioteca.
10. Yo leería libros de gran calibre, si tuviera tiempo libre.